

## COMENTARIO

# Una familia de geógrafos: los hermanos Reclus\*

Vicente BLASCO IBÁÑEZ

### REFERENCIA NORMALIZADA

Blasco Ibáñez, Vicente (2014) "Comentario. Una familia de geógrafos: los hermanos Reclus". *Geopolítica(s)*. *Revista de estudios sobre espacio y poder*, vol. 5, núm. 2, 273-292.

Al terminar el período revolucionario de Francia con la restauración de los Borbones, el duque de Descazes ministro de Luis XVIII, tuvo un secretario, notable por su laboriosidad, su cultura y sus costumbres virtuosas. Este secretario se apellidaba Reclus.

Casado con una parienta cercana del duque y apreciado por éste que conocía sus méritos, Reclus hubiese podido ocupar una alta posición oficial. Pero sus convicciones y la sinceridad honrada con que las mantenía, se opusieron a todo avance en su carrera. Era liberal y veía con disgusto la restauración; era hugonote y no podía servir a un gobierno intransigente en materias religiosas. El secretario del Ministro abandonó pobre su lucrativa posición para establecerse con su familia en Orthez y después en Castetarbe, llamado por los protestantes del país, que le nombraron pastor de su iglesia disidente. Ni aun en este puesto quiso percibir retribución alguna del Estado, manteniéndose aparte de sus colegas de sacerdocio que vivían en buenas relaciones con el gobierno. "Es indigno que yo cobre de la nación por mi ministerio —decía el pastor— cuando Jesús no tenía ni una piedra propia en la que reclinar su cabeza". Mientras Reclus se dedicaba a dirigir y consolar a los feligreses, ganando al mismo tiempo el pan de su familia con trabajos literarios, su santa esposa fundaba una escuela libre, a la que acudían los niños desde aldeas situadas a enormes distancias.

El virtuoso pastor procedía de una familia de labradores de Perigord. Dotado de extraordinaria elocuencia, era un apóstol al par que un santo, pues siempre encon-

---

\* El presente texto es el Prólogo a la *Novísima Geografía Universal*. Madrid: Editorial Española-Americana, 1906, tomo I, 5-31.

traba en su pobreza algo de que despojarse para socorrer a sus semejantes. Tenía un talento natural para los estudios geográficos y una prodigiosa memoria de los lugares, que transmitió a sus hijos. Asombraba a los campesinos guiando su caballo sin vacilación por los intrincados senderos de los bosques, después de cuarenta años de ausencia, como si hubiese pasado por ellos pocos días antes.

La madre de Reclus descendía directamente de Enrique I, rey de Inglaterra, y de una señora irlandesa, la condesa Tyzgan; pero su origen regio no la libró de ser pobre, sobrellevando con la alegría de una conciencia pura las estrecheces de su vida modesta y los dolores de la maternidad.

El matrimonio Reclus tuvo catorce hijos; cinco varones y nueve hembras. Los hijos fueron todos hombres de ciencia y alcanzaron celebridad.

Elías, mitólogo y etnólogo, (el hermano mayor respetado por los otros, como un segundo padre); que murió en 1904 en Bruselas a la edad de setenta y siete años, siendo profesor de religiones comparadas en la Universidad Nueva de la capital de Bélgica.

Eliseo, el gran geógrafo, muerto recientemente en Bruselas, siendo profesor del ya citado centro de enseñanza a la edad de setenta y cinco años.

Onésimo, digno compañero de su hermano Eliseo, famoso igualmente por sus libros y por las grandes modificaciones aportadas a la ciencia geográfica.

Armando Ebenhezer, teniente de navío de la marina francesa, explorador del Darien y uno de los autores del proyecto del canal de Panamá.

Pablo, el último hijo, nacido en 1847, notable cirujano y profesor de la Escuela de Medicina de París, que alcanzó gran renombre como sifiliógrafo, por sus libros y descubrimientos.

A esta generación de sabios hay que añadir Pablo Reclus, hijo de Elías, sobrino de Eliseo y Onésimo, notable geógrafo que ha vivido junto a sus ilustres tíos, ayudándoles en los trabajos científicos, y actualmente es director del Instituto Geográfico de Bruselas.

Además, una de las hermanas casó con Alfredo Dumesnil, auxiliar de la cátedra de Quinet y yerno de Michelet, quedando Dumesnil unido para siempre a los Reclus.

Los cinco hermanos, educados en un ambiente de virtud y de estudio, sometidos a la disciplina de la pobreza, teniendo ante ellos los ejemplos de desinterés del padre, se prepararon para ser lo que fueron todos ellos: sabios admirables al par que hombres extraordinarios por sus condiciones morales.

Los tres primeros iban a dar un nuevo y poderoso impulso a la Ciencia geográfica, revolucionando profundamente los estudios sobre la Tierra.

En 1852, cuando Eliseo Reclus tenía doce años, abandonó la casa paterna con su hermano mayor Elías, para ganarse el pan y conocer el mundo, dirigiéndose a Alemania, donde encontraron en Nemwied (provincias renanas), un puesto en el colegio dirigido por los "Hermanos Moravos". Eran éstos una especie de socialistas cristianos que se tenían por legítimos continuadores de Jesús, y alcanzaban cierta

boga entre los intelectuales de entonces. Los hermanos Reclus sintieronse disgustados por un régimen comunista infantil, en el que todo estaba reglamentado mezquinamente; pero su viaje les sirvió para conocer la vida, más allá de las fronteras de Francia, frecuentando el trato de los alumnos, procedentes de casi todas las naciones de Europa y aprendiendo con ellos nuevos idiomas, además del alemán. Eliseo contrajo allí estrecha amistad con Jorge Mertenith, el ilustre novelista inglés, que era de sus mismos años y aún vive, siendo el patriarca de la literatura británica.

En 1847 Eliseo volvió a Francia, entrando en la Facultad teológica de Montaubán por indicación de su padre, que esperaba le sucediese en su cargo de pastor de almas. Pero en esto surge en París la revolución de 1848, se proclama la segunda República, un viento de entusiasmo sopla sobre Francia, enardeciendo a la juventud, y Elías y Eliseo se escapan del colegio con otros compañeros, recorriendo las provincias francesas del Mediterráneo donde se mezclan en agitaciones populares de un marcado carácter socialista. Después de esta aventura, agravada por una reprensión del prefecto del departamento a causa de ciertos discursos de Eliseo sobre el carácter social que debía tener la nueva República, los dos hermanos se trasladaron de nuevo a Alemania, siguiendo, por orden de su padre, los cursos de teología en la Universidad de Berlín. Pero Eliseo se había emancipado del ambiente de su familia: ya no era protestante y abominaba de la teología. Al entregarse por completo a los ideales modernos, revelábanse en él aptitudes especiales. En vez de asistir a las aulas de teología, frecuentaba las clases de estudios geográficos, donde daba sus lecciones el profesor Carlos Ritter, émulo de Humboldt.

Ritter había comenzado en 1822 la publicación de su famosa obra *La Geografía en sus relaciones con la Naturaleza y la historia del hombre*, obra que, desgraciadamente, quedó sin terminar, publicándose el último volumen, de los diez que existen, en 1859. Esta obra es la única que puede compararse con la *Geografía Universal* que años adelante había de escribir el joven francés que era su discípulo; pero faltan en ella partes tan importantes como son la Europa, la América y la Oceanía. Hay que convenir, sin embargo, en que este trabajo incompleto inspiró y abrió camino a la obra definitiva de Reclus, pues en ella se desenvuelve por vez primera la gran ley de correlación que existe entre el Hombre y la Tierra, la Naturaleza y la Historia; ley que sirvió de guía a Eliseo, y después a Onésimo, y les hizo escribir sobre la ciencia geográfica de un modo completamente original.

Ritter, como Kant, buscaba, al estudiar la Geografía, el conocimiento del Hombre. Este punto de vista tan nuevo impresionó profundamente al estudiante francés.

Para poder seguir sus cursos y mantenerse en Berlín, Eliseo tuvo que dar lecciones particulares, siempre mal retribuidas, y sufrir crueles privaciones. En 1851, él y su hermano Elías vuelven a Francia, pero a pie, con su fiel perrillo *Lyrío*, el morral a la espalda y el bastón en la mano, cual vagabundos curiosos, comiendo mal, durmiendo en los pajares y en las cunetas de los caminos, extasiándose ante la magnificencia de la Naturaleza. Sin dejar de marchar, los dos hermanos discutían, observaban y reflexionaban. En veintiún días atravesaron parte de la Alemania y

más de una mitad de Francia, llegando por fin a Orthez a la casa paterna, donde el buen pastor vio en Eliseo un aspirante a sabio y un revolucionario en vez del sacerdote evangélico que él soñaba.

Iba a comenzar para el futuro geógrafo su larga existencia de estudioso vagabundo, teniendo por casa todo el planeta, examinando de cerca la Tierra.

Era el mes de diciembre de 1851. Luis Napoleón, presidente de la República, acababa de dar el golpe de Estado proclamándose dictador. Víctor Hugo en París, y otros en provincias, intentaron sin éxito una protesta armada contra este atentado que mataba la República. En Orthez los dos hermanos, Elías y Eliseo, llamaron al pueblo a las armas y quisieron asaltar la casa del Ayuntamiento; pero se quedaron solos, pues muy contados amigos pusieron a su lado. Inscritos por el gobierno en las listas de deportación, tuvieron que refugiarse en Inglaterra, viviendo en Londres de algunas lecciones particulares cada vez más escasas, pues su miseria les hacía ir andrajosos. Eliseo, para salir de esta situación, se trasladó a Irlanda, entregándose a varios ensayos de agricultura —una de sus grandes aficiones— que por desgracia no obtuvieron un éxito inmediato, como ocurre en todos los procedimientos nuevos. Pero la principal condición de su carácter era una energía tranquila e inquebrantable. Cada vez más pobre, se embarcó para los Estados Unidos, ejerciendo en Nueva York y en Nueva Orleans, durante dos años, toda clase de oficios, tan pronto periodista como agricultor o tipógrafo, observando al mismo tiempo, por hábito y por instinto, todo lo que le rodeaba. En Nueva Orleans publicó su primer artículo, en un periódico de Medicina, con el pseudónimo de “La Faye”.

De 1855 a 1857 recorrió la América del Sur, muchas veces solo y a pie, por regiones despobladas, sufriendo inauditas privaciones, estudiando de cerca la naturaleza virgen. En Colombia se detuvo algún tiempo intentando de nuevo sus ensayos de agricultura. Durante este período de aventuras, no sólo observó las costumbres, sino que estudió directamente en el gran libro de la Tierra. Un enorme trabajo se verificaba lentamente en su cerebro. Sería escritor; sería geógrafo; describiría las formas y la historia del planeta, estudiado por él, no en la soledad de un gabinete, siguiendo las rayas trazadas sobre grandes hojas de vitela, sino midiéndolo con sus pies, arrojando los peligros de sus misterios, observando directamente la infinita variedad de los seres que lo pueblan.

Al volver a Francia en 1857 publicó en la *Revista Filosófica* su primera obra “La Historia del suelo de Europa”, que pasó casi inadvertida. En 1858 se casó con Mlle. Briant, cuñada del estudiante revolucionario Germán Casse, que años adelante, al proclamarse la tercera República, fue compañero de Gambetta y murió de gobernador general en la Isla Guadalupe. Eliseo vivió con su esposa, primero en París, después en Vascoeuil, en la casa de su cuñado Dumesnil. Entonces comenzó a publicar estudios geográficos, en la *Revista de dos Mundos*, la *Revista Germánica* y el *Boletín de Geografía*, trabajos que le permitieron vivir modestamente. Tradujo al francés una parte de la gran obra de Ritter, la titulada *Configuración de los continentes*, y llamaron mucho la atención sus estudios *El Mississipi y sus orillas*, *La*

*Nueva Granada* y el *Viaje a la Sierra Nevada de Santa Marta*<sup>1</sup>. Las condiciones de escritor reveladas por Eliseo Reclus, contribuyeron a su reciente notoriedad tanto como sus conocimientos científicos. Las más áridas cuestiones geográficas adquirían una vida y un interés sorprendentes, bajo la pluma del geógrafo artista.

Al mismo tiempo, el político humanitario que había en él ansioso de libertad para todos los hombres, escribía sobre las grandes cuestiones que agitaban el mundo. En 1860, al iniciarse en la América del Norte la terrible guerra entre esclavistas y antiesclavistas, Eliseo Reclus publicó en la *Revista de dos Mundos* una serie de artículos titulados “La esclavitud en los Estados Unidos”, que produjeron honda sensación, pues nadie había visto mejor que él este problema en su vida errante y miserable a través de las últimas capas sociales de la gran República americana. El presidente Lincoln, que había de morir asesinado poco después como mártir de la libertad humana, conmovido por estos artículos, escribió a Reclus y quiso recompensarle ofreciéndole la dirección de un observatorio, puesto retribuido con la largueza peculiar de aquel pueblo; pero el modesto geógrafo rehusó el ofrecimiento.

Su vida siempre sencilla y sobria, había mejorado bastante. Poco a poco su ciencia y su pluma le proporcionaban seguros recursos. La casa Joanes, editora de los “Itinerarios de viaje” que llevan su nombre, atraída por sus estudios geográficos, le encargó nuevas guías, costeando sus viajes para que preparase estas obras sobre el terreno. Así escribió Eliseo, unas veces solo y otras con la colaboración de su hermano Onésimo, la *Guía de Saboya*, las *Excursiones por el Delfinado*, la *Guía de los viajeros en Londres*, las *Ciudades de Invierno del Mediterráneo*, *Londres ilustrado*, *Los Alpes marítimos* y la *Guía de los Pirineos*. También con la ayuda de Onésimo (hermanos por la sangre, hermanos por el pensamiento), publicó numerosos estudios en las revistas *La vuelta al mundo* y *Anales de viajes*, traduciendo además varias obras inglesas y alemanas de Geografía.

Estos trabajos comenzaron a popularizar su nombre fuera de Francia, dándole una creciente reputación en las sociedades científicas de Europa y América, que seguían atentamente el método nuevo y original con que Reclus trataba las cuestiones geográficas.

En 1867 perdió a su primera esposa, de la que tuvo dos hijas. En esta misma época Eliseo adquirió cierta significación política al afiliarse a la Internacional de Trabajadores. Carlos Marx, el patriarca del socialismo, y el apóstol ruso Miguel Bakunin, propagandista de la anarquía comunista, comenzaron a marcar sus diferencias de doctrina en el seno de la Internacional, dividiendo a la asociación. Eliseo Reclus, aunque no tomaba parte ostensiblemente en la política militante, siguió a

---

<sup>1</sup> Este libro está publicado en español con el título *Mis exploraciones en América* (título que le dio el mismo autor), por la casa editorial F. Sempere y C<sup>a</sup> de Valencia. Edición de “Libros populares”.

Bakunin, pues todas sus simpatías estaban de parte de la libertad absoluta y del comunismo.

En 1868 su concepción geográfica general, lentamente madurada, pues venía desarrollándose desde su juventud, llegó a dibujarse por completo ante sus ojos de apasionado de la Naturaleza. Como dice de él un ilustre sociólogo belga, “Eliseo Reclus era un pensador visual. Tenía cerebro de sabio, pero al mismo tiempo ojos de pintor. Siempre será un visual en Geografía como lo era al mismo tiempo en la ciencia social. En esta no solamente lo ve todo con mirada de artista, sino que al mismo tiempo tiene visiones interiores de una fuerza extraordinaria, en razón de su carácter enérgico y de su dulzura contemplativa”.

Todo el plan de su futura obra científica se dibujó de pronto ante sus ojos, no en el silencio del gabinete de trabajo, sino en pleno aire, como le ocurrió a Juan Jacobo Rosseau, como les ha ocurrido a los grandes artistas. Él mismo lo cuenta en la introducción de su obra *La Tierra*:

Estaba yo en Irlanda sobre un peñasco que domina las cascadas de Shannon, viendo los islotes que tiemblan bajo la presión de las aguas y el negro desfiladero de árboles, en el cual se encajona el río y desapareciendo tras una brusca revuelta. Tendido sobre la hierba, al lado de un lienzo de muralla que fue en otros tiempos un fuerte castillo, y que han demolido las humildes plantas, piedra por piedra, gozaba yo dulcemente de la inmensa vida de las sombras azules, del estremecimiento de los árboles y el murmullo del agua chocando contra las rocas. Fue en este sitio grato y hermoso donde nació en mí el propósito de contar el fenómeno de la Tierra, y sin tardar escribí con lápiz el plan primitivo de mi obra.

Reclus no separa jamás al hombre de la evolución de la Naturaleza. Las humildes hierbas desmoronan los fuertes castillos y los hombres más míseros derrumban lentamente el pasado, trabajando por su porvenir que es la libertad y el bienestar. “Yo —acaba diciendo el geógrafo, con la poética emoción del que descubre lo más recóndito de su alma— he recorrido el mundo como un hombre libre, y al contemplar de cerca la Naturaleza con ojos a la vez cándidos y fieros, me he acordado siempre de que en las religiones pasadas, la antigua Freya, al mismo tiempo que diosa de la Tierra, era diosa de la Libertad”.

El primer volumen de *La Tierra*, consagrado al estudio de los continentes, apareció en 1868. El segundo consagrado a los Océanos y a la Atmósfera, se publicó tres años después en circunstancias excepcionales para el autor de las que hablaremos después. Reclus escribió casi al mismo tiempo que esta obra, sus hermosos libros *El arroyo* y *La Montaña*<sup>2</sup>, que el Municipio de París declaró de premio oficial para los alumnos de las escuelas superiores.

---

<sup>2</sup> Publicados también por la casa editorial Sempere y Compañía “Libros populares”.

En 1870, al estallar la guerra franco-prusiana, Eliseo se alistó en la Guardia Nacional; pero en los batallones de vanguardia llamados de *marcha*, que eran los primeros en acudir a los sitios de peligro. Se negó con energía a aceptar grado alguno, quiso ser simple combatiente, y las autoridades deseosas de proteger la vida del sabio y darle un puesto apropiado a sus aptitudes, lo destinaron al servicio de globos dirigido por su amigo Nadar. El geógrafo creó con éste el servicio de palomas mensajeras que tan útil fue a París durante el sitio, y dirigió los preparativos de las ascensiones aerostáticas, entre ellas la famosa de Gambetta.

Pero a la guerra internacional sucedió la guerra civil. París proclama la *Commune* y empieza su lucha con Versalles. Reclus creía en una conciliación posible, escribiendo en *El Grito del Pueblo*, el diario de Julio Vallés: “Nuestra salud está en la unión y la concordia. Entre republicanos que además son conciudadanos, no es el cañón, no es el fusil quien debe decidir, sino el sufragio universal”. Desgraciadamente, estos consejos prudentes se perdieron en el vacío. Thiers, y todas las clases conservadoras, tenían empeño en aprovechar esta ocasión para ahogar en sangre el espíritu revolucionario.

Al hacer una salida los batallones de la *Commune*, Eliseo Reclus, que iba en ellos como simple voluntario, fue hecho prisionero por las tropas del gobierno de Versalles en la meseta de Chatillon. El sabio marchaba con sus camaradas por solidaridad, llevando el fusil descargado, dispuesto a morir antes que disparar un tiro. El ilustre geógrafo que fue vegetariano toda su vida, no pudiendo tolerar que se matasen los animales para el mantenimiento de las gentes, asistía con amarga tristeza a estos combates, queriendo morir antes que matar, lamentando la ceguera que impulsa a los hombres a exterminarse, cada vez que intentan un nuevo paso en su marcha progresiva,

Maltratado por la soldadesca y conducido al campamento de Satory donde eran exterminados los prisioneros con fusil o con ametralladora, Eliseo permaneció en la incertidumbre de su suerte desde el 5 de Abril de 1871 en que cayó prisionero. Por fin, el 15 de Noviembre, compareció ante un Consejo de guerra reunido en San Germán. Su calidad de sabio, de hombre ilustre, mezclado en una revolución de trabajadores predispuso contra él a los jueces militares, haciendo que le tratasen con marcada parcialidad. No podían fusilarlo, pues estaba probado que no había hecho armas contra la tropa, pero lo condenaron a prisión perpetua. Esto equivalía a respetar la vida del hombre y suprimir para siempre al sabio.

Entonces fue cuando se mostró en toda su grandeza el carácter de Eliseo Reclus. Conducido a los pontones de Brest, verdaderos infiernos de dolor, donde centenares de prisioneros tornáronse locos, el sabio corrigió tranquilamente en este encierro flotante y nauseabundo las pruebas del segundo volumen de *La Tierra*, que le llevó su amigo Templier. Después, en el presidio de Queleru, donde estuvo siete meses, organizó una escuela en la que enseñaba a sus compañeros que iban a salir deportados a Nueva Caledonia, la lectura, la geografía y el inglés, preparándolos así para las duras necesidades del destierro.

No fue Eliseo el único Reclus que se vio en peligro. Su hermano Pablo, el joven doctor estuvo próximo a morir fusilado. Las tropas versallescas le hicieron prisionero en una ambulancia, mientras curaba a los heridos. El haber auxiliado a un general de las tropas del gobierno con la generosidad impasible del médico que atiende a su semejante sin reparar en opiniones, fue lo que salvó de la muerte al doctor de los hospitales de sangre de la revolución.

Elías, el hermano mayor, fue más desgraciado. Al proclamarse la *Commune* ocupó el cargo de director de la Biblioteca Nacional, sin retribución alguna, impulsado por sus aficiones y su deseo de vigilar este tesoro de la literatura francesa. Hizo grandes esfuerzos por poner a cubierto del bombardeo que abrumaba a París el sagrado depósito de libros y documentos valiosos. Tuvo que extremar su vigilancia para evitar un saqueo de la Biblioteca, pues muchos bibliófilos, con esa manía del coleccionador que no reconoce obstáculos, querían aprovecharse de las turbulencias del momento para robar obras raras y famosas. Elías permaneció en su puesto hasta el último momento, hasta que entraron a sangre y fuego las tropas vencedoras, corriendo el peligro de ser fusilado en la misma Biblioteca. Sus desvelos por conservar uno de los más grandes tesoros literarios, fueron recompensados con una sentencia de cadena perpetua; pero el sentenciado pudo escapar, refugiándose en Suiza.

Una muestra del temple de alma de los Reclus, familia de sabios y de luchadores, es la carta que Elías el mayor dirigió a Eliseo desde Suiza, al conocer su sentencia:

Querido y bien amado hermano: Me acaban de decir que has sido condenado a la deportación perpetua.

Es este uno de los grandes momentos de tu vida, querido amigo. Has recibido ante toda la Francia, por mediación del Consejo de guerra, el testimonio de que eres un hombre. Te has mostrado firme, digno, honrado, sincero y justo, ante los tiros de fusil, al través de tantas prisiones, y ahora que te espera la deportación has procedido tranquila y constantemente, con arreglo a lo que has pensado. Después de siete meses de cautiverio, en lo más hondo e infecto de la sociedad francesa, los enemigos no han podido deshonorarte ni empequeñecerte. Por encima de su mundo ínfimo e infame de odiosas y mezquinas villanías, tú te mantienes derecho siempre; tú marcharás siempre recto. Un poco más de crueldad y te hubieran roto: pero todos ellos juntos no te pueden doblar. Tú eres una conciencia. En el fondo no te tengo mucha lástima, mi valeroso Eliseo. Cuando uno es amo, como nosotros lo somos, de un campo intelectual y moral en el que nos movemos con desahogo; cuando se tiene una inteligencia como la tuya, en la que se agitan como en un hormigueo bien ordenado, millares de pensamientos vivificadores; cuando se llevan los recuerdos que tú llevas en ti, y se cuenta con afectos como los que te rodean, tu alma vive, libre y serena, en un mundo interior que puede y debe bastarte.

Tú puedes sonreír, con un desdén amargo, ante esos bebedores de absenta y arrastradores de sable, que después de haber proporcionado a nuestra pobre y desgraciada Francia la más innoble paliza que se conoce en la historia, lavan ahora su vergüenza

en la sangre de los franceses sus compatriotas, degollando a los republicanos, acuchillando a los obreros.

Bien considerado, vale más para nuestra causa que se hayan ensañado en ti. Tu absolucón hubiese hecho que olvidásemos involuntariamente los crímenes cometidos por nuestros enemigos, y esto no sería justo.

Se trata, amigo mío, de sobrevivir a la desgracia. Ellos te han arrojado al mar en plena tempestad; pero tú eres buen nadador y debes erguir tu cabeza por encima de las olas.

¿Entre los cuatro muros que te encierran, te acuerdas de hacer gimnasia alguna vez? Procura comer mucho para mantener tus fuerzas; vela sobre tu circulación nerviosa. Que tu espíritu sano mantenga sano tu cuerpo. Ánimo, mi buen Eliseo: volveremos a vernos; volveremos a encontrarnos.

Tu hermano, Elías.

\* \* \*

En esta ocasión, y por primera vez en la historia de los pueblos civilizados, se ofreció un hermoso espectáculo. Al ver en presidio a uno de los representantes de la ciencia, surgió una imponente intervención de los primeros cerebros del mundo. La república universal de las letras y las ciencias protestó en favor de Reclus, pidiendo su libertad al gobierno francés.

El gran Darwin tomó la iniciativa, secundado por los ingleses más ilustres: Wallace, Carpenter, Williamson, lord Amberley. Todos los sabios del mundo se adhirieron a esta noble manifestación, declarando que la persona de Reclus debía ser sagrada, pues no pertenecía sólo a la Francia sino a la Ciencia, y por tanto, a la Humanidad:

Nosotros —dijeron los sabios al Gobierno francés— esperamos que se respetará la vida de un hombre como el señor Eliseo Reclus, cuyos servicios a la causa de la literatura y la ciencia están reconocidos por un público inmenso, y con ser muy valiosos no son más que una promesa de otros servicios más grandes que podrá prestar más adelante, cuando su talento llegue con la edad a una madurez vigorosa. Nosotros declaramos que su vida pertenece no sólo al país que le vio nacer, sino al mundo entero, y que reduciendo al silencio a tal hombre, enviándolo a languidecer a un encierro, lejos de todo centro de civilización, Francia no haría más que mutilar y empequeñecer su influencia legítima sobre el mundo.

El Gobierno francés, bajo esta presión de la inteligencia universal, conmutó en Febrero de 1873 la sentencia de deportación perpetua por la de diez años de destierro, y Reclus fue puesto en libertad, dirigiéndose a Suiza, donde se estableció. Poco antes de la guerra se había unido con su segunda esposa, Fanny Lherminet, a la que conoció en Londres durante su emigración, después del golpe de Estado de 1852. El sabio, al instalarse en Lugano con su esposa, reanudó los trabajos científicos y de propaganda social. En el *Boletín de Geografía* publicó dos estudios importantes:

uno, “Las lluvias de Suiza”; otro, “Historia del mar de Aral”. En el *Almanaque del Pueblo* dio sus obras de combate: “Algunas palabras sobre la propiedad” y “A mis hermanos los campesinos”. Además, colaboró mucho en *La vuelta al mundo*, del editor Hachette, de París, y en los diarios más avanzados de Ginebra.

Su segunda esposa murió en Lugano a los pocos meses de destierro, y el geógrafo se trasladó a Vevey, comenzando a acumular y clasificar los materiales para su obra magna, la gran *Geografía Universal*.

Fue en 1875 cuando publicó el primer volumen de este monumento imperecedero de la ciencia y la literatura. Francia se resarcía con creces de haber respetado la vida del sabio. Ningún pueblo de la tierra, ninguna literatura, posee una obra que pueda compararse con la que lentamente se iba formando en el tranquilo destierro de Vevey. Los volúmenes de la obra fueron sucediéndose regularmente, apilándose, hasta formar la gran pirámide de la geografía moderna. El sabio, en este trabajo que había de durar más de veinte años, tuvo un aliado, un dulce compañero que le ayudó, dándole nuevos ánimos. Reclus se había casado, por tercera vez, con la que ha sido la compañera inteligente de los últimos treinta años de su vida; una mujer de gran cultura, notable botánica y entomóloga, dotada al mismo tiempo de una calma dulce y una gravedad bondadosa, que contrastaban con la juvenil impetuosidad que conservó su mando hasta los últimos instantes.

Asombra la cantidad de trabajo realizada por Reclus. Para cada uno de los volúmenes tuvo que estudiar y extractar mil libros aproximadamente y un número incalculable de mapas.

Fue un acontecimiento histórico su nueva ciencia geográfica. En ella se mezclaron los acontecimientos del pasado con las adivinaciones del porvenir: “A un período nuevo —dijo Reclus, al comenzar su obra— le hacen falta libros nuevos”.

El hombre, por medio de los recientes descubrimientos de la Ciencia y los grandes medios de comunicación (vapor, electricidad, etc.) tomaba posesión detallada por primera vez de la tierra, y la historia de esta tierra llegaba en el momento oportuno.

Para escribir los últimos tomos correspondientes a América, abandonó su retiro haciendo un viaje al Nuevo Mundo que refrescó las observaciones de su juventud.

Mientras producía su obra inmortal, descansaba de los trabajos geográficos escribiendo volúmenes y folletos de propaganda social, viajando por Italia y auxiliando en obras de política militante a su amigo, el expríncipe Pedro Kropotkin, autor de *La conquista del pan*, el cual a su vez, muy inclinado a los estudios geográficos, ayudó a Reclus con las observaciones recogidas en sus penosos viajes por Siberia.

Además, Reclus hizo un viaje a la Argelia, interesándose en la creación y desarrollo de un establecimiento agrícola, organizado con arreglo a los principios comunistas, ensayo social que las autoridades por un lado y por otro los defectos humanos se encargaron de hacer fracasar.

Reclus siguió en su titánico trabajo de la *Geografía*, después de haber sufrido los primeros síntomas de una angina de pecho, que tras un cuarto de siglo de ataques y

treguas, fue la enfermedad que le condujo a la tumba. En 1882 el nombre de Reclus, que únicamente era conocido en los círculos científicos del mundo, adquirió en París una notoriedad mundana, sonando en los bulevares, los teatros y las tertulias. Las dos hijas del primer matrimonio de Eliseo Reclus se unieron con dos jóvenes dedicados a la ciencia, admiradores y discípulos del maestro. El gran geógrafo, llevado de sus ideas y del sincero radicalismo con que las mantuvo siempre, se negó a que toda ceremonia religiosa ni civil consagrara esta unión. Creía innecesaria la presencia del sacerdote o del magistrado para legitimar un acto que no tiene otra base que el mutuo consentimiento y el amor. Reunió en un banquete a las dos parejas; su hermano Elías, el patriarca de la familia, presidió este acto íntimo, y con dulce gravedad explicó a los amantes el compromiso que iban a contraer y los deberes que seguirían a su unión. Después Eliseo, tras un discurso en el que afirmó su fe en la sociedad del porvenir, extendió sus manos sobre los dos matrimonios, consagrando su unión con estas palabras: “Amad y multiplicaos”. El escándalo en París fue inmenso. Las damas y señores del gran mundo, unidos por todas las leyes del Estado y todos los sacramentos de la Iglesia, para pasar las más de las veces el resto de su vida en perpetuo adulterio, gritaron con indignación y horror, como si el mundo fuese a acabarse. Las gentes alegres del bulevar, las cortesanas, los vividores, el vulgo corrompido y elegante, rieron de la sencillez de esta familia de sabios que concedía una importancia emocionante al acto de unirse un hombre y una mujer. Los devotos pidieron que expulsasen otra vez a Reclus, escandalizados por esta ceremonia, que recordaba las sencillas alianzas de los cristianos primitivos.

Esperaban a Reclus nuevas persecuciones de esta injusticia generalizada por el miedo. Vivía tranquilamente en un pueblecillo cercano a París, cuando la Universidad de Bruselas le invitó a explicar un curso de Geografía, dando a esta invitación el carácter de un homenaje que el pueblo belga rendía al sabio de renombre universal. Reclus fue a Bruselas, y un público inmenso llenó su clase, oyendo con recogimiento su palabra. Pero en esto ocurrieron en Europa varios atentados anarquistas, y el gobierno belga, con la torpeza de todas las autoridades que viven de la represión, se acordó de que Reclus profesaba las doctrinas perseguidas, aunque solo teóricamente, y cerró su clase, como si pudiera existir relación entre la enseñanza de la Geografía y las bombas de dinamita.

El pueblo de Bruselas protestó, y en la Universidad oficial se produjo un grave cisma. Algunos profesores siguieron a Reclus queriendo participar de su suerte, entre ellos el ilustre catedrático de ciencias sociales, Guillermo De Greet, y juntos crearon como protesta, la Universidad Nueva de Bruselas, o sea el Instituto de Altos Estudios, escuela que lleva trece años de próspera existencia. Reclus fue el alma de esta nueva Universidad, que pronto se hizo famosa en el mundo como vanguardia de la ciencia.

Mientras la nueva Universidad buscaba local donde establecerse, un Círculo de Bruselas, el de “Los Amigos Filántropos”, ofreció sus salones a Reclus para continuar su curso, y el 2 de Mayo de 1894, una multitud inmensa invadió el edificio,

hasta sus más apartadas dependencias, ansioso de escuchar la lección de apertura sobre Geografía comparada.

Al año siguiente, Inglaterra, con ese amplio espíritu que le hace reconocer el mérito de los hombres por encima de todas las diferencias políticas y religiosas, dio una lección ruda a los perseguidores de Reclus. La Real Sociedad de Geografía de Londres le concedió la gran medalla de oro. Eliseo, en solemne sesión, recibió el premio con su modestia ordinaria. Este honor le conmovió profundamente. Pero se contentó con el honor, pues la valiosa medalla no volvió con él a Bruselas. Cuando su familia y sus amigos quisieron verla, el sabio, con cierta confusión infantil, tuvo que declarar que la había convertido en moneda para aliviar la miseria de los numerosos *compañeros* rusos, franceses, españoles, etc., que vivían emigrados en Londres.

Los últimos años de Eliseo Reclus fueron de una actividad creciente. Extenuado por la vejez y el trabajo, toda su vida enérgica e impetuosa parecía haberse concentrado en sus ojos eternamente juveniles, en su frente majestuosa, orlada por la aureola de plata de sus cabellos. Fiel al régimen vegetariano, enemigo de las carnes por delicadeza humanitaria y repugnándole las bebidas espirituosas, su discreta compañera y las demás señoras de su familia mezclaban, sin que él lo supiese, jugos concentrados en los platos de verduras, para aumentar de este modo su débil nutrición. Su afable modestia era tan grande como sus méritos científicos. Los que tuvimos la honra de ser sus amigos; sentíamos cierta turbación al ver la sencillez con que nos trataba, como si fuésemos sus iguales. Bastaba el más leve incidente de la vida vulgar, para que al momento llegase de Bruselas la tarjeta del sabio. Gran amante de la literatura hasta en sus últimos momentos, si recibía una novela española, leíala detenidamente, con un perfecto conocimiento del idioma, que había aprendido en sus viajes por América, e invertía una parte de su tiempo precioso en una larga carta exponiendo sus juicios.

Aparte de sus ocupaciones de escritor, fundó el Instituto Geográfico de Bruselas que ha hecho una revolución en el arte de grabar los mapas; emprendió la construcción de un globo terráqueo gigantesco; dio numerosas conferencias, unas científicas y otras políticas, y escribió un sinnúmero de estudios en el *Magazine International*, la *Société Nouvelle*, la *Question Sociale*, *Contemporary Review*, la *Humanité Nouvelle*, el *Atlantic Monthly*, *The Independent*, de Nueva York, y *Temps Nouveaux*. Además publicó libros como *La ciudad del buen acuerdo*, generoso ensueño de lo que será la sociedad del porvenir según sus ideales; *Evolución y revolución*, *La enseñanza de la Geografía* y *La anarquía y la Iglesia*, esta última obra encaminada a marcar las diferencias entre su concepción moral y la de Tolstoi. El apóstol ruso predica la no resistencia, la conformidad y la sumisión como arma pasiva; Reclus defiende la resistencia y hasta la rebelión, pero sin odio, sin espíritu de rencor y venganza. No quiere el retroceso al Evangelio como Tolstoi, sino al contrario descristianizar al pueblo y para esto libertar la escuela de la enseñanza religiosa y

de la influencia del Estado. La última obra de Eliseo fue la que él llamaba “Geografía social”, que comenzó a publicarse en París pocos días antes de su muerte.

\* \* \*

En Enero de 1904 murió Elías, el patriarca de la familia; el inseparable compañero y guía de Eliseo. Este se sintió anonadado.

—Ahora me llega el turno —dijo tristemente.

Elías se daba el título de “eterno estudiante”. Escribió poco, porque deseaba saber, saber siempre, creyendo en su exagerada modestia que no estaba suficientemente preparado para las grandes obras que pulía en su pensamiento. Dejó esparcidos en las revistas científicas de Francia, Inglaterra, Rusia y los Estados Unidos valiosos trabajos geográficos y etnográficos. La mitología universal fue el estudio que atrajo todas sus facultades. Nadie ha conocido como él las innumerables religiones inventadas por la humanidad, estudiándolas por el método comparativo. Sus explicaciones en la cátedra que ocupó en la Universidad Nueva de Bruselas, fueron famosas. Una veintena de sus lecciones forman un volumen interesantísimo con el título de *Mitología universal comparada*.

Con la muerte de Elías quedó Eliseo al frente de los suyos como venerado patriarca. Su familia guarda las tradiciones de su origen hugonote, viviendo unida como en los tiempos de persecución, venerando al más anciano, aunque sus individuos vivan esparcidos por todo el mundo.

La hora final llegaba para Eliseo, y la aguardó trabajando, con la serenidad del justo. Sus últimos artículos aparecieron en *Les Temps Nouveaux*, en mayo de 1905.

Gravemente enfermo de la angina de pecho, abandonó Bruselas, siendo llevado por su familia a Thourout entre frondosos bosques, a corta distancia del mar. A pesar de las angustias y las crisis de su enfermedad, todavía aprovechó momentos de calma para corregir pruebas y dictar artículos. En la mañana del 4 de Julio se sintió morir y dio sus últimas instrucciones a la familia y a algunos amigos. Quería desaparecer simplemente, con modestia, como había vivido.

Se sumió en un letargo mortal, pero todavía despertó de él un instante, a impulsos de su fe revolucionaria. Estaba al principio del periodo agónico cuando llegaron a la casa los periódicos del día, y alguien los abrió, leyendo las noticias de Rusia, que eran la última preocupación del sabio. Los sucesos recientes del pueblo ruso le habían reanimado, viendo una vez más su fe revolucionaria confirmada por la historia.

Una voz susurró en el oído del moribundo, como último consuelo:

—¡El acorazado *Potemkin* se ha sublevado en Sebastopol!

El sabio se incorporó, la frente alta, y en los ojos aquella llama de juventud que iluminó su vejez hasta los últimos instantes.

—¡La Revolución!... ¡Al fin!...

Y tras este grito volvió a caer para no levantarse jamás, exhalando con sus esperanzas el último suspiro.

\* \* \*

Hablemos de Onésimo Reclus.

Ocho años menor que Eliseo, fue precedido por éste en los dominios de la ciencia geográfica a cuyo estudio sentíanse arrastrados los dos.

Onésimo, igual a su hermano en facultades, en aficiones, en originalidad y fuerza para el trabajo, es un gemelo intelectual de Eliseo. Tuvo la desgracia de nacer más tarde y marchar por el mismo camino, comenzando su carrera cuando el mayor era ya célebre. Pero la mayor prueba de su mérito está en que a pesar de la sombra que proyectaba sobre él la gloria de su hermano, y del peso de un apellido ilustre que atribuía a Eliseo los trabajos del menor, éste, salvando todos los obstáculos creados por su propio nombre, logró ocupar un sitio en la misma línea que el otro Reclus.

Ni la menor sombra de envidia turbó nunca el ánimo de Onésimo. Es un espíritu generoso, digno gemelo del alma sencilla y afable de Eliseo. Los dos sabios estaban unidos por una estrecha fraternidad, como tal vez no se ha conocido nunca entre escritores. Eliseo adoró a su hermano como un Benjamín de la ciencia que marchaba junto a él por el campo de la geografía, con vigor juvenil, sin necesitar nunca de su apoyo. Onésimo respetaba y admiraba al mayor, considerando su gloria como suya.

Cuando Eliseo en sus últimos tiempos, viejo y enfermo persistía tenazmente en sus trabajos, Onésimo, con una piedad fraternal, le ayudaba generosamente, escribía por él, realizaba una labor anónima, trabajaba para ciencia sin fijarse si sus cuartillas se imprimían bajo el nombre único de su hermano, agotado y débil por una labor colosal.

No conozco autor más desinteresado, más insensible a la ambición del renombre que Onésimo Reclus: “La vanidad del autor —me ha dicho muchas veces— la *gloriole* me importa poco. Lo que me interesa es que la gente aprenda, que se popularicen los estudios geográficos, que todo hombre conozca el planeta que le sustenta, la casa en que vive”.

Igual a Eliseo por los conocimientos científicos, por la serenidad de juicio y por la fuerza en el trabajo, Onésimo le sobrepuja en una cualidad. Es el más artista de todos los Reclus: es el poeta.

Eliseo, aparte de su fama de geógrafo, dejó nombre en las letras francesas como literato castizo. Onésimo es un colorista de la pluma; un escritor de pasión y vehemencia; un sentimental que ha llevado a la Geografía el mismo estilo con que Michelet reanimó la Historia.

Todos los Reclus, nacidos en los Bajos Pirineos, casi a la vista de España, tuvieron la fogosidad y el entusiasmo del meridional; pero entre ellos Onésimo es el que posee estas cualidades en más alto grado.

Como dice su biógrafo Pablo Pelet, marcando la influencia del medio ambiente en el personaje:

[E]l lugar admirable donde nació Onésimo, triste y alegre a la vez, con sus malezas espinosas, sus colinas cubiertas de bosques, sus viejos árboles abandonados, junto a la rumorosa corriente del Gave, teniendo por fondo las rocas de los Pirineos, esta naturaleza, de una melancolía comunicativa y penetrante, produjo un ser de imaginación sensible, de gran apasionamiento y en perpetua expansión: una naturaleza calurosa, de bondad inagotable.

La bíblica fecundidad del pastor hugonote, fue Onésimo el único en heredarla. Él solo ha tenido tantos hijos en su matrimonio como tuvieron sus cuatro hermanos y seis de sus hermanas, sumando las respectivas proles.

El lugar del nacimiento y el ambiente de la familia, influyeron en el destino del pequeño Onésimo, como habían influido en el de Eliseo, ausente ya de la casa paterna y errante por el mundo. Retoño de un tronco vigoroso, criado en un país vecino a España, cerca del Océano, de las landas y las montañas, hablando desde los primeros años, además del francés, el dialecto gascón, el bearnés y el vasco, todo le impulsaba a los largos viajes y al conocimiento de las lenguas. El tesoro verbal de la península ibérica lo poseyó Onésimo desde su juventud, conociendo el castellano, el portugués y el catalán. Cervantes y Camoens fueron sus primeras adoraciones literarias, y aún perduran en él, como lo demuestran sus libros geográficos, en los que son frecuentes las citas de la epopeya portuguesa y de fragmentos del *Quijote*.

Las relaciones del pastor Reclus con sus correligionarios de Alemania y Escocia, le permitían el sucesivo envío de sus hijos al extranjero, en una época en que el cambio de ambiente y el estudio de las lenguas y costumbres de otros pueblos no era común en Francia. Así el buen pastor, a pesar de su pobreza, educaba a sus hijos sana y vigorosamente, haciéndoles conocer el mundo exterior, despertando su curiosidad hacia la Naturaleza y los hombres, por el contraste de los países, idiomas y costumbres, por el conocimiento de razas y almas tan distintas.

La juventud de Onésimo fue en extremo aventurera y vagabunda. Parece una novela de otros siglos, o más bien una especie de *Gil Blas* de los tiempos modernos. El recuerdo de sus dos hermanos mayores, Elías y Eliseo, que vagaban por el mundo expulsados de su país, tan pronto en Europa como en América, viendo países nuevos y desafiando a la miseria, influyó mucho en Onésimo. Se había educado en plena Naturaleza, vagando por los campos, con las ropas destrozadas y el cuerpo endurecido por esta vida primitiva. Los vecinos le llamaban “el andrajoso Reclus”.

La familia le destinaba a suceder en su despacho a cierto tío que era notario, y comenzó a estudiar el Derecho en la Universidad de Poitiers, luego de haber vivido en un colegio de Wurtemberg (Alemania). Pero de pronto se cansó del Derecho. No quería ser notario; su juventud se rebelaba contra la disciplina de las aulas y unos estudios que le parecían inútiles. Sentía la tentación de correr el mundo como sus hermanos, de vivir su vida, de marchar sin saber a dónde, viéndolo todo, estudiando directamente en el libro de la Tierra.

Se alejó de la familia recorriendo a pie toda España y todo Portugal, desempeñando los más diversos oficios, durmiendo muchas noches en la cuneta de un camino, llevando la existencia del vagabundo, que anda y anda, satisfecho con tener el pan del día, sin preocuparse del siguiente, fiando en la casualidad que dirige sus pasos. Después de correr los *campos* y las *sierras* (como dice él, mezclando palabras españolas en sus escritos), pasó a Argelia y allí fue militar, vistiendo los rojos bombachos; del zuavo, cubriéndose con el fez de larga borla, viviendo algunos años en las guarniciones avanzadas de la colonización francesa, más difícil y penosa entonces que en nuestros días; en los oasis del gran desierto entre las tribus semi-salvajes, cuyas costumbres pudo estudiar con más detenimiento e intimidación que ninguno de los exploradores africanos. Después, abandonó la vida militar, se hizo negociante de forrajes en la Kabília, y siguiendo sus deseos de vida vagabunda, adoptó otros oficios no menos precarios y errantes, corriendo a pie y sin recursos casi todo el Norte de África, el territorio marroquí, el argelino y tunecino, la Tripolitania; viviendo como los naturales del país, bajo la tienda o a la sombra de las palmeras, arrostrando con la audacia de la juventud los mayores peligros. Ningún geógrafo conoce el África como Onésimo Reclus. Es su continente favorito; el que ha estudiado mejor, no en la calma del gabinete de trabajo, sino caminando por él, viviendo su vida, confundiendo con las gentes que lo pueblan.

Tras un viaje no menos errante y penoso por América, regresó Onésimo a París llamado por Eliseo, que se había establecido en la capital francesa después de sus excursiones por las sociedades de Colombia. Entonces comenzó su existencia de escritor, dando por terminada esta vida errante y aventurera que había durado quince años.

Eliseo le proporcionó ocupación como geógrafo, presentándolo a la casa Joanes para que trabajase en sus famosas *Guías*, y durante diez años Onésimo recorrió Francia y otros países como peregrino científico, muchas veces a pie, estudiando directamente, describiendo las bellezas y variedades del suelo, del cielo y de las aguas, con una sencillez magistral, con intensidad poética y colorista, con tierna efusión ante los tesoros de la naturaleza, viéndolo todo y haciéndolo ver a los lectores gracias a su estilo mágico de poderoso evocador. De estas emociones, sin cesar renovadas, de esta comunión con la belleza majestuosa de su patria, surgieron los libros que le han hecho famoso, dándole el renombre de primer geógrafo de Francia, tierra adorada por él con ternura filial.

Onésimo se dedicó en cuerpo y alma a la Geografía, dando por terminada su existencia errante. Entregado por completo a la ciencia y deseando vivir sólo para ella, ha permanecido alejado de las luchas políticas. Espíritu generoso y de grandes ideales como sus hermanos Elías y Eliseo, no se ha lanzado sin embargo cual éstos en las luchas revolucionarias; no ha sido *militante*; ha sentido cierta repugnancia de artista y pensador solitario a mezclarse en el torbellino de la política, manchándose con las impurezas de la realidad.

Solo ha querido ser un trabajador de la Ciencia, glorioso a pesar de su modestia. Su ideal político es enseñar a la muchedumbre; que la humanidad se instruya, y al perder su ignorancia, sea señora de sus destinos, dirigiéndose ella misma sin necesitar ya más de los pastores tradicionales.

Su vida de continuo trabajo ha proporcionado tesoro a la ciencia geográfica. Su pluma es la que más ha contribuido en medio siglo a la vulgarización del estudio de la Tierra. A partir de 1872 lleva publicadas las siguientes obras:

*Geografía Universal.*

*Geografía de la Francia y sus colonias.*

*Geografía, de la Argelia y países limítrofes.*

*La tierra a vista de pájaro* (su obra más notable traducida a todos los idiomas).

*La Francia y sus colonias.*

*El reino más hermoso bajo el cielo.*

*Abandonemos Asia y tomemos África.*

Además, un gran número de obras en colaboración con su hermano Eliseo, entre ellas *El África Austral* y *El Imperio Asiático*, que forman parte de esta *Novísima Geografía Universal*.

Onésimo Reclus está teniendo en la actualidad una obra notabilísima, *El reparto del mundo*, en la cual, fiel a sus entusiasmos por los pueblos latinos, estudia profundamente la lucha entre éstos y las razas del Norte, descubriendo el porvenir diverso que aguarda a las dos grandes porciones de la humanidad civilizada.

En una habitación de la *rue Soufflot*, en pleno Barrio Latino, en el corazón de ese distrito de París habitado por los grandes hombres de la cultura francesa y por la juventud estudiosa, vive el ilustre geógrafo, el último de los Reclus que queda en pie, el patriarca de la gloriosa familia, representante de los que se fueron y jefe venerable de los que ahora ostentan su apellido glorioso, hijos, sobrinos, aliados, todos hombres de estudio, soldados de la Ciencia, combatientes de la Verdad. En esa habitación encuentra el visitante a un anciano, de venerable hermosura, con la majestad de un apóstol en su rostro sereno, rodeado de libros, de mapas, de mil objetos que evocan la inmensa historia de la Tierra. Como últimos vestigios de su vida errante, de su peregrinación audaz y aventurera por la superficie del globo, el anciano siempre animoso y alegre, con esa alegría de los buenos, ostenta en su

cabeza la gran boina de los vascos franceses que le recuerda a su país, y abriga su cuerpo con el poncho americano de sus excursiones de la juventud.

Es un eterno viajero, y así morirá, recorriendo y estudiando a todas horas los más apartados rincones de la Tierra; pero ahora viaja con la imaginación, con el pensamiento como sólo pueden hacer los grandes trabajadores intelectuales; escribe y escribe, viéndolo todo desde su mesa con la certeza que le dan sus grandes estudios; pero al recordar los países recorridos en su juventud, el geógrafo ilustre, el sabio Onésimo Reclus, el último superviviente de la familia gloriosa, siente la nostalgia de aquellos tiempos en que su nombre no era aún famoso, y estudiaba la Tierra directamente, arrostrando privaciones y peligros.

\* \* \*

Esta *Novísima Geografía Universal* se compone de *La tierra a vuelo de pájaro*, de Onésimo Reclus, obra famosa de vulgarización geográfica, traducida hasta ahora a todos los idiomas de Europa menos al español, y de *El Imperio Asiático y El África Austral*, de Eliseo y Onésimo Reclus.

Hace ya tres años me dirigí al ilustre y venerable Eliseo, que me honraba llamándome su amigo, con el proyecto de una Geografía novísima que abarcara hasta las más recientes modificaciones de los pueblos de la Tierra y además tratase, con especial extensión, todo lo referente a España y a las naciones americanas de origen latino.

Hace tiempo que en España y en la América española se siente la necesidad de una Geografía moderna y completa que sea nuestra. Todos los pueblos civilizados tienen este libro, menos nosotros.

Eliseo Reclus, que sentía gran predilección por España y su raza, aceptó la idea con gran cariño. Él me puso en relación con su ilustre hermano Onésimo, designando *La Tierra a vuelo de pájaro*, escrita por éste, como base fuerte e insustituible de la nueva obra, apreciando en los libros del hermano la gran amenidad de su texto y lo pintoresco y original de sus descripciones, que hacen su lectura fácil e interesante. Él mismo formó el plan de la nueva obra en hermosas cartas, que guardo con religioso cariño. La estructura política de la Tierra ha cambiado mucho desde que Onésimo publicó su obra y desde que Eliseo escribió su Geografía grande, los dos monumentos más recientes de la ciencia geográfica. La guerra hispano-americana, la sudafricana, la reciente ruso-japonesa y otros sucesos humanos, han trastornado desde entonces la geografía de América, África y Asia. Además, en una obra destinada a publicarse en castellano, había que limitar la descripción de Francia y sus colonias, hecha en las obras francesas con cierta prolijidad, dando en cambio una extensión mayor, un ensanche especial, a las partes de la nueva Geografía correspondientes a España y las naciones americanas.

El gran Eliseo murió inesperadamente, dejando su espíritu, su dirección y su inspiración a esta empresa de cultura. El noble Onésimo, generoso como un sabio

que sólo desea la difusión de la ciencia, ha realizado y completado la obra, con impropio trabajo. Su sobrino, Pablo Reclus, el compañero y ayudante de Eliseo hasta los últimos momentos, también ha prestado su concurso a esta empresa.

La *Novísima Geografía Universal*, puede bien adornarse con el título de obra española, pues muchas de sus partes, escritas en francés, han sido vertidas al castellano antes de aparecer impresa. Se compone de *La tierra a vuelo de pájaro*, de Onésimo Reclus, y de *El Imperio Asiático* y *El África Austral*, de Eliseo y Onésimo; pero una gran parte de los capítulos de España y casi todo lo referente a la América Latina, están escritos de nuevo, con arreglo a sucesos recientes y a los últimos datos, con toda la amplitud que deben gozar en una Geografía Universal publicada en lengua castellana.

\* \* \*

Para el público español, tienen los hermanos Reclus, aparte de su mérito como sabios, una cualidad altamente simpática.

Todos ellos amaron con fervor a España y ponen en ella y sus destinos una fe y un entusiasmo que no sienten muchos españoles. En la presente obra encontrará el lector grandes verdades y consoladoras esperanzas sobre nuestra raza. Cuando Elías, el mayor, vino a España en 1869, en pleno período revolucionario, a organizar la Sociedad Internacional de Trabajadores, publicó en los periódicos de Francia, Rusia y los Estados Unidos, una serie de artículos titulados: “Los museos de Madrid”, exuberantes de entusiasmo por las cualidades de nuestro pueblo y su futura regeneración.

Onésimo es un verdadero español. Poseedor de nuestro idioma y constante lector de sus obras clásicas, no escribe un libro en el que no se encuentre un recuerdo a la España de los conquistadores y los navegantes; una cita del ingenioso hidalgo de Lepanto. El lector podrá convencerse de ello en el curso de la *Novísima Geografía Universal*.

Eliseo vino un sinnúmero de veces a Madrid. Cada vez que abandonaba sus trabajos para trasladarse a Argelia o embarcarse con rumbo a América, atravesaba España y permanecía unos cuantos días en esta ciudad, que le era familiar, como a pocos españoles. Pasaba inadvertido, rehuyendo los honores del reclamo, deseando la soledad para verlo todo mejor. Sólo conocían su paso algunos *compañeros*, modestos obreros revolucionarios, unidos a él por la fraternidad de ideales. Dejaba una tarjeta en casa de Pí y Margall, único político español de quien era amigo, y desaparecía, continuando su viaje a otro continente.

¡Gloriosa familia de sabios, modestos y buenos! ¡Estirpe venerable de santos laicos, sin otra religión que la dulzura y el amor al semejante!... Con hombres como los Reclus se siente el orgullo de la raza; la satisfacción de estar emparentado con sus almas grandes y generosas por la comunidad de origen; de pertenecer a la

misma familia humana, madre de estos seres excepcionales que constituyen en medio de la gran muchedumbre, el grupo de los escogidos, la verdadera nobleza.